

IDENTIDAD: DE LO PERSONAL A LO SOCIAL. UN RECORRIDO CONCEPTUAL

Lupicinio Íñiguez

Unitat de Psicologia Social

Departament de Psicologia de la Salut i de Psicologia Social

Facultat de Psicologia

Universitat Autònoma de Barcelona

08193 Bellaterra (Barcelona)

Dirección electrónica: Lupicinio.iniguez@uab.es

Publicado en:

Crespo, E. (Ed.) (2001) La constitución social de la subjetividad. Madrid: Catarata. P.: 209-225

La identidad es, por encima de todo, un dilema. Un dilema entre la singularidad de uno/a mismo/a y la similitud con nuestros congéneres, entre la especificidad de la propia persona y la semejanza con los/as otros, entre las peculiaridades de nuestra forma de ser o sentir y la homogeneidad del comportamiento, entre lo uno y lo múltiple.

Pero la identidad es también un constructo relativo al contexto sociohistórico en el que se produce, un constructo problemático en su conceptualización y de muy difícil aprehensión desde nuestras diferentes formas de teorizar la realidad social.

Mi propósito en este ensayo es precisamente problematizar ambas cuestiones, es decir, tanto la dimensión experiencial que nosotros tenemos como miembros competentes de nuestra sociedad como la dimensión teórico-conceptual que la produjo y la sustenta.

En la dimensión experiencial de la identidad lo relevante es considerarla en el contexto social de nuestras relaciones e intercambios con los demás. En esas relaciones, resulta necesario, como es fácil de admitir, tanto una identificación con quienes nos rodean como una diferenciación estricta respecto de ellos y de ellas. La identificación nos garantiza la seguridad de saber quiénes somos y la diferenciación nos evita confundirnos con los demás. Los reclamos de especificidad tan habituales en nuestra comunidades, tanto en el nivel de lo individual como en el nivel de lo colectivo, son fiel reflejo de esta paradoja.

El alcance de este dilema es impresionante y lo podemos encontrar hasta en los ámbitos más insospechados de las relaciones humanas. Por citar sólo lo que es ya un clásico en la literatura psicosocial, Codol ilustró como nadie la impregnación de este proceso en su conocida serie de estudios sobre la diferenciación (M.Dupont...). Cuando una persona tiene que estimar la distancia que le separa de otra, la percibe más o menos grande, respectivamente, según el punto de referencia en la comparación es él o ella misma o el punto de referencia sea la otra persona (¿a qué distancia me encuentro yo de él o ella?, punto de referencia yo; ¿a qué distancia se encuentra él o ella de mí?, punto de referencia él o ella). Esta simple

constatación de la paradoja en el nivel más físico de la interacción vuelve a reproducirse cuando se trata de indagar sobre el grado de similitud o diferencia percibido con respecto a otra persona (¿cuánto me parezco yo a él o a ella? vs. ¿cuánto se parece él o ella a mi? (Codol, 1984a,1984b).

La singularidad, la unicidad, la exclusividad parecen ser características imprescindibles, al menos en nuestra cultura, de eso que llamamos identidad. A estas características hemos de añadirles sin duda una cierta continuidad en el tiempo, aunque la temporalidad identitaria como tal reproduzca de nuevo la tensión entre lo igual y lo diferente: todos/as nos sabemos la misma persona que fuimos en el pasado pero al tiempo nos reconocemos como cambiadas y diferentes.

Similitud / distintividad, igualdad / diferenciación, continuidad / discontinuidad, uno / múltiple, he aquí pues algunos pares antitéticos que hemos de afrontar conceptualmente si queremos ofrecer alguna nueva inteligibilidad a la experiencia identitaria de la persona desde un punto de vista psicosocial.

Pero existe otro aspecto de la identidad que no se refiere únicamente a la singularidad de la persona, sino a la pluralidad del grupo o de la comunidad. Por oposición y complementariedad a la identidad personal se habla comúnmente de identidad social. La idea de identidad social remite a la experiencia de lo grupal, del “nosotros”, remite también a los vínculos o como decimos en un lenguaje social más contemporáneo, a las redes. La pregunta surge directa: ¿qué relación guarda, si hay alguna, la identidad personal y la identidad social?, ¿son la misma o distinta cosa?, ¿refieren experiencias iguales o distintas?

Sean cuales fueren las respuestas a estas preguntas, mi punto de partida es que de lo que no cabe duda, como trataré de mostrar, es de que aquello que denominamos identidad¹, individual o social, es algo más que una realidad “natural”, biológica y/o psicológica, es más bien algo relacionado con la elaboración conjunta de cada sociedad particular a lo largo de su historia, alguna cosa que tiene que ver con las reglas y normas sociales, con el lenguaje, con el control social, con las relaciones de poder en definitiva, es decir, con la producción de subjetividades (Cabruja, 1996, 1998; Pujal, 1996).

A. LA IDENTIDAD EN PERSPECTIVA PSICOLÓGICA Y PSICOSOCIAL: IDENTIDAD PERSONAL E IDENTIDAD SOCIAL

¹ Es preciso introducir una advertencia terminológica. Existen dos palabras, identidad y ‘self’, cuyo uso es a veces indistinto y a veces absolutamente diferencial. ‘Identidad’ está relacionada con la producción psicológica y social más convencional y ‘self’ con las orientaciones más novedosas. En este sentido ‘identidad’ refiere algo sustancial y ‘self’ algo más relacional y contingente. En lo posible usaré cada una de ellas para marcoar su contexto de producción. Imitando un recurso de Bruno Latour, escribiré, no obstante, *identidad para ir añadiendo nuevo sentido tanto a ‘identidad’ como a ‘self’.

En este primer apartado, presentaré siguiendo en parte a Cabruja (1996), a Pujal (1996) y a Sampson (1991), un itinerario tentativo del tratamiento de la identidad y el 'self' en la Psicología y la Psicología social, básicamente, con algunas incursiones en áreas próximas. Un detalle no siempre coincidente pero sí más exhaustivo puede encontrarse en las obras referidas. Lo he estructurado siguiendo una lógica de menor a mayor esencialización del conceptos identidad/self y de mayor a menor naturalización.

*1. El tratamiento de la identidad desde las perspectivas psicológicas y psicologico-sociales convencionales: etnocentrismo en la definición y análisis de la *identidad o la pretensión de universalidad*

En el tratamiento convencional de la identidad y el self en Psicología, las orientaciones más sobresalientes han sido la biologicista, la internalista, la fenomenológica y la narrativa.

(a) versiones biologicistas

El elemento fundamental en esta perspectiva es la importancia dada al cuerpo, en su naturaleza biológica, en la explicación de la identidad. Toda experiencia psicológica tiene su fundamento, de acuerdo con este punto de vista, en la biología corporal. En este sentido, genes, neuronas, pero también bioquímica corporal, parecen tener un marcado carácter causal en la configuración no sólo de la personalidad y del carácter, sino también en la experiencia individual de ser persona. A través del proceso de aprendizaje, de acuerdo también con este punto de vista, se iría produciendo en mayor o menor medida una modulación de la experiencia de ser una persona y por esa misma vía, una socialización y adecuación a los parámetros particulares de cada grupo social.

En Psicología el máximo exponente de este planteamiento puede ser Eysenk (1960) y, en un territorio más general, Wilson y su conocida "Sociobiología" (1975). El primero admite abiertamente la determinación biológica del comportamiento personal y la personalidad y estilos de comportamiento que definen la "identidad" individual. El segundo señala la determinación de la selección natural en la supervivencia exitosa de aquellos genes o conjuntos de genes más adaptativos, siendo esto verdad incluso para aquellos comportamientos vistos como "sociales", como por ejemplo, el caso del comportamiento altruista que siempre se propone como ejemplo.

Las críticas a estos planteamientos han sido feroces, en muchas ocasiones incluso más allá del contexto académico-científico, como en los casos en que se les atribuye una funcionalidad específica en el control y la selección de los individuos mejor capacitados y más aptos, como sostén de una sistema social de naturaleza estrictamente discriminadora. No me detendré en este tipo de críticas por el momento. Baste decir que la crítica más rotunda proviene de una constatación muy simple: ninguna de las dos perspectivas tiene en cuenta la propiedad más destacada de los seres humanos, a saber, la capacidad simbólica, el lenguaje, que será, como ya he anticipado, la herramienta principal en la interpretación de nosotros mismos y de los demás en tanto que personas y el mecanismo esencial en la construcción de la cultura en tanto que

elaboración conjunta. Aún en el supuesto de que se pudiera identificar una influencia importante de lo biológico en la constitución de la persona, parece claro que ésta está básicamente organizada por significados elaborados colectivamente y que son variables y contingentes en y con las diversas culturas y colectivos humanos.

El hecho de que una versión biologicista de la identidad pueda, como de hecho hace, apoyarse en el enorme prestigio social que la biología tiene como todos los demás discursos científicos no permite ocultar la manera tan descarada con que los regímenes políticos más despiadadamente discriminatorios, como los racistas, la han instrumentalizado para legitimar sus actividades y sus concepciones. De hecho, la naturalización y la reificación del comportamiento que la explicación biologicista comporta, está en la base de la exclusión, cuando no la eliminación física, de aquellos y aquellas que son vistos como inferiores.

(b) versiones internalistas

Bajo esta denominación caben aquellos planteamientos que, aunque no depositan en la estructura biológica la razón de la experiencia identitaria, sí colocan de en un presunto “interior” de la persona las causas de su comportamiento y de su experiencia como sujetos.

Probablemente el mejor representante de este punto de vista sea el Psicoanálisis para quien la personalidad tiene que ver con una determinada estructura interna del individuo y con la fuerza de los impulsos interiores. La identidad, en este caso, es vista como la resultante de un continuo conflicto de los elementos estructurantes del interior y las estrategias de defensa que los individuos despliegan para atajarlo.

Si bien hace posible y mantiene una visión de la identidad conforme a las dualidades de las que hablé con anterioridad y comporta una visión determinista del sujeto, el Psicoanálisis aporta no obstante algunos elementos sugerentes que permiten una deconstrucción de las formas convencionales de identidad (Cabruja, 1996, 1998; Parker, 1997; Pujal, 1996). Señalaré dos. Por una parte, la lectura marxista del psicoanálisis ha enfatizado la importancia de analizar la historia individual en el contexto de la historia social lo que ha abierto la puerta a una conceptualización del individuo como producción histórica. En este sentido, por ejemplo, el inconsciente ha podido ser visto como el poso de lo colectivo en la determinación del comportamiento individual y como algo no individual, sino compartido, que se va inscribiendo en todos y cada uno de los individuos.

Por otra parte, el Psicoanálisis que ha enfatizado la importancia de la historia personal en la configuración de la personalidad ha abierto la posibilidad de introducir la historicidad y la temporalidad en el estudio de la identidad, es decir, ha permitido una conceptualización de la misma no como un producto como es habitual, sino estrictamente como un proceso.

(c) Versiones fenomenológicas

Aunque en la Psicología convencional la fenomenología ha tenido escasa o nula influencia, se puede decir que algunos de los aspectos de la comprensión de la persona tal y como son formulados desde este prisma, impregnan muchas de las visiones hoy día presentes. En particular, la simbiosis de la identidad con la idea de “conciencia”, tanto de la conciencia del mundo como de nosotros y nosotras mismas como parte de él. La descripción de aquello que nos pasa, de lo que sentidos realizada para nosotros/as mismos o para los/as demás, constituye, de acuerdo con este punto de vista la esencia misma de la identidad. Tal conciencia es la resultante evidentemente de una experiencia plenamente subjetiva, y es esa subjetividad misma la materia de la que estaría constituida nuestra identidad. Ahora bien, tal experiencia y su comunicabilidad depende estrictamente del lenguaje, es decir, hasta que no decimos con palabras aquello que sentimos a nosotros mismos a los/as demás, no podemos decir que tenemos la experiencia de la identidad. Lastimosamente el dominio de la psicología positivista en su vertiente más cientista ha imposibilitado la visibilidad de esta herencia en gran parte de la Psicología, en la que la Psicología social no es una excepción. No obstante, con el influjo de la Filosofía analítica y su referente en Psicología, la “Psicología de la Acción”, poco a poco ha ganado visibilidad alguno de estos supuestos más subjetivistas. Rescato aquí la noción de ‘agencia’ por ser un elemento constitutivo y sustancia de la concepción de identidad, plenamente coincidente por otra parte, con una concepción de persona libre y autónoma tal y como socialmente va siendo construida en nuestra cultura.

La agencia está asociada a alguna forma de libertad en el sentido de que un/a actor tiene esa propiedad siempre que pueda elegir, establecer planes y desear alguna cosa. Pero ello contrasta y se opone fuertemente al hecho de las limitaciones que el entorno social ejercita. La constitución de la identidad, pues, sería desde esta perspectiva la resultante de la consciencia de uno/a mismo/a, la agencia y el afrontamiento de las limitaciones propias del contexto social.

(d) Versiones narrativas

La perspectiva narrativa es probablemente la que enfatiza con mayor intensidad la importancia del lenguaje en la constitución de la identidad. Es por medio de él como podemos interpretar aquello que somos, generar una cierta imagen de nosotros/as mismos y de los demás, así como comunicarla en nuestro contexto social. La naturaleza simbólica del lenguaje hace, además, que esa representación constituya una subjetividad comunicable, de carácter simbólico estricta y característicamente propia de los seres humanos.

Las operaciones de constitución de la propia identidad, por hacerlo lingüísticamente, comportan connotaciones y valoraciones sociales. En efecto, puesto que son vehiculadas a través del lenguaje las representaciones de la propia identidad contienen, como todas las demás cosas, la marca de los procesos sociales que las generan. En el caso de la identidad, una basada en rasgos como joven, deportista, dinámico/a, seductor/a por ejemplo contrasta con otra caracterizada con rasgos como viejo/a, sedentario/a, pasivo/a, etc.

Ciertos contextos sociales se caracterizan por asumir valores que privilegian ciertas identidades, como por ejemplo, joven o hombre en perjuicio de otras como viejo o mujer, por poner sólo algunos ejemplos característicos.

Así, del mismo modo que actuamos de acuerdo con lo que las personas o las cosas significan para nosotros/as, nuestra identidad se va conformando distintivamente de acuerdo con aquellos valores o creencias que vamos incorporando en nuestra definición. Es en este sentido que se afirma que somos y actuamos de acuerdo con aquello que narramos sobre nosotros mismos y eso más que de acuerdo con una hipotética determinación natural u objetiva.

En efecto, la narración de nosotros/as mismos/as tiene un enorme poder, puesto que modela lo que sentimos y lo que hacemos. Escapar del lenguaje es imposible puesto que constituye la realidad misma de la que formamos parte. Vernos a nosotros mismos en un rol u otro tiene efectos distintos, pensarnos como inteligentes tiene efectos diferentes que vernos como inútiles.

2. La genuina aportación de la Psicología social convencional: identidad y pertenencia grupal.

Sin duda, en el marco de la Psicología social convencional, la aportación más característica al estudio de la identidad ha sido la de Tajfel (1981) con su Teoría de la identidad Social y posteriormente las derivaciones de la misma en términos de la Teoría de la autocategorización (Turner, 1987). Me centraré en la primera de ellas.

Tajfel fue capaz de insertar en el contexto de una Psicología social de marcada tendencia individualista y de escasa, si no nula, relevancia social (Israel y Tajfel, 1972) una teorización de la identidad social que supone además, según mi opinión, un potente heurístico para la comprensión del prejuicio y la discriminación sociales, más allá de los acuerdos o desacuerdos con el planteamiento general del autor.

Fuertemente movido por un interés nacido de su propia experiencia en el estudio del prejuicio y la discriminación, Tajfel fue capaz de mostrar una concatenación de procesos que iban de los estrictamente cognitivos, como la categorización y la diferenciación, a los cognitivo-sociales como la categorización social y a los de un alcance decididamente social, aunque basados en procesos sociocognitivos, como la identidad social.

Como se recordará, Tajfel define la identidad social como la conciencia que tenemos las personas de pertenecer a un grupo o categoría social, unido a la valoración de dicha pertenencia. La valoración positiva o negativa sustenta respectivamente una identidad social positiva o negativa. Tal polaridad está determinada por el mantenimiento con éxito o no, de una distintividad positiva. La distintividad se fundamenta en dos procesos de naturaleza complementaria, la comparación y la competición sociales. Uno de los más importantes aportes que Tajfel realizó, a mi juicio, tiene que ver precisamente con el segundo de

ellos, la competición. En efecto, aunque ya estaba sobradamente descrita en la literatura sociológica la competición social por recursos objetivos escasos, él incorporó la idea de una competición simbólica por recursos no necesariamente objetivos, sino de naturaleza simbólica. De la conjunción de ambos procesos proviene pues una Identidad social positiva o negativa que predice, además, comportamientos tendentes a restaurar la valoración positiva cuando está en entredicho o es directamente negativa, como son las estrategias de cambio social y las de movilidad social.

Otro aporte complementario en esta línea es la descripción del proceso de interacción social como en un entramado de relaciones donde la pertenencia grupal o categorial es la dimensión determinante. Esta conceptualización permite entender como en determinados contextos sociales, la saliencia de ciertas categorías o grupos determina la aparición de comportamientos diferenciales, favorecedores al propio grupo o perjudiciales al grupo opuesto, que son también de indudable valor heurístico.

Si bien Tajfel ofreció estas herramientas conceptuales aplicables únicamente a un contexto social bi-categorial aun sabiendo que tales contextos son escasos, pueden ser abstraídos con facilidad a contextos más “realistas” donde existan simultáneamente gran número de categorías y grupos sociales. Las recientes aportaciones de S.Reicher para el caso del comportamiento colectivo (1987, 1993) permiten ampliar la capacidad interpretativas de estas herramientas conceptuales más allá de una consideración esencialista y continuada de la identidad social. En efecto, la descripción de “identidades sociales puntuales” que se generarían espontáneamente en situaciones de comportamiento colectivo arrojan nueva luz y desesencializan la noción de identidad social haciéndola contextualmente dependiente.

3. Nuevas perspectivas psicosociales en el estudio de la *identidad

Las nuevas perspectivas en el estudio de la identidad en Psicología social tienen que ver en parte con la recuperación de la tradición del interaccionismo simbólico (Mead, 1934), por una parte, y con el impacto de la microsociología de Goffman (1959) por otra.

(a) la identidad en el Interaccionismo Simbólico

Para Mead, la identidad/self no pre-existe a las relaciones sociales sino que es contingente a ellas, surge en el transcurso de las mismas. Las respuestas que las otras personas ofrecen a nuestro comportamiento así como nuestro propio comportamiento hacia sí y hacia los demás, son los procesos constitutivos de la identidad/self.

La idea parte seguramente de la noción de espejo de Cooley (1902): los/a otros/as reflejan a modo de espejos las imágenes que nosotros damos y es a partir de esa imagen de dónde generamos la identidad/self.

La inclusión de estos conceptos constituye una importante transformación en la idea de identidad/self, que la desencializa, la descentra, la extrae literalmente del interior de los individuos porque dibuja las relaciones como lo constitutivo de la misma y la convierte en un producto emergente de las mismas. Una identidad/self u otra depende estrictamente del contexto interaccional y del significado que tenga para el individuo.

(b) La presentación del yo y la gestión de impresiones

Goffman (1959) se interesa entre otras cosas por el sí mismo en términos de quiénes son las personas como actores sociales. El self es para Goffman el resultado de una negociación operada en el conjunto de interacciones. No obstante, el self no es simplemente eso, la experiencia de la identidad y el sentido del sí mismo resulta también de la estructura social que le envuelve (1961). En efecto, en el modelo dramático el escenario posible de la actuación del yo está influido por el contexto social, no es simplemente un locus libremente elegido por él o por ella.

Los roles como modelos organizados de comportamientos dependientes de una determinada posición social, estatus, actuación de rol, escenarios, rutinas, etc. son conceptos sobradamente conocidos, por lo que me detendré en una de las implicaciones del planteamiento goffmaniano. En efecto, el interés de este planteamiento es que abre también un campo de posibilidades de desencialización de la concepción de identidad y de self, porque lo ve como múltiple y contingente: el/a actor tiene a su disposición distintas representaciones condicionadas a su vez por los distintos contextos sociales en las cuales deben actuarse, por las necesidades de negociación y definición conjunta de lo que está aconteciendo, por los marcos que se aplica, en definitiva condiciones todas que no describen al actor como tal, sino al escenario que acoge el curso de la acción.

(c) La constitución socio-histórica de los seres humanos

Nuestra concepción, y podemos decir nuestra experiencia, de persona, es relativamente moderna, en todo caso, posterior a la Edad Media. En este proceso histórico la separación entre un yo singular y los otros ha ido cambiando desde su casi inexistencia hasta la separación radical que entendemos hoy en día. Las categorías conceptuales y las condiciones de vida hacían difícil desarrollar un concepto de self independiente. Tales condiciones de vida se refieren tanto a las más físicamente inmediatas, como la vivienda, que era pequeña, de pieza única habitualmente sin separaciones, como a las socioestructurales, como la adscripción feudal y territorial (Ariès and Duby, 1988). Pero es que también el lenguaje se ha ido transformando, y ello con consecuencias en las concepciones posibles de persona. Como dice Norbert Elias (1987:182) refiriéndose a la evolución del concepto de individuo desde la época clásica hasta el Renacimiento “*en la praxis social de la Antigüedad clásica la identidad grupal del ser humano particular, su identidad como nosotros, vosotros y ellos, todavía desempeñaba, comparada con la identidad como yo, un papel demasiado importante para que pudiera surgir la necesidad*

de un término universal que representara al ser humano particular como una criatura casi desprovista de grupo social”.

Pero no sólo la Historia muestra el relativismo de nuestras concepciones de self, también una mirada a otras culturas diferentes de la nuestra lo confirma. La Antropología muestra que aunque en todas las culturas aparece un concepto de self, la forma en que se conceptualiza varía enormemente. Efectivamente, como señala Geertz (1973) aunque nos parezca difícil de imaginar, la nuestra es una idea peculiar dentro del conjunto de culturas vivas del mundo.

Estos dos datos, el histórico y el cultural, sustentan una visión de carácter socio-histórico: la manera en que nosotros experimentamos nuestro propio yo y la importancia que le conferimos, no es, por difícil que parezca, universal ni puede ser aplicado a culturas no occidentales necesariamente, sino contingente a las condiciones históricas y sujeto a la variabilidad intercultural. No hay, a pesar de la pregnancia de nuestra visión, una concepción fija e inmutable, ni pueden identificarse tampoco propiedades que trasciendan los contextos espaciales, temporales ni culturales. Nuestro yo no puede separarse de la sociedad particular que lo produjo ni de las circunstancias históricas que lo van delimitando. Nuestra identidad/self no existe independientemente de la sociedad y la historia que lo construye (Gergen, 1991, 1994).

Ni más ni menos, aceptar este punto de vista socio-histórico implica asumir que la identidad/self es una teoría cultural, un conjunto de creencias sobre lo que es ser una persona. En una feliz expresión de Harré (1985:262): *“ser un self no es ser cierta clase de ser, sino estar en posesión de una cierta clase de teoría”.* Diferentes culturas generan distintas teorías (Heelas y Lock, 1981; Gertz, 1973) y la nuestra tiene una que describe a la persona como continente de algo interior de carácter mental. La teoría encierra también supuestos sobre las conexiones entre ese interior y el comportamiento explícito, a veces de tipo causal y siempre primando la coherencia, por ejemplo. En efecto, en nuestra cultura es esperable una consistencia entre los sentimientos internos y los comportamientos, pero otras han definido una enorme independencia entre ambos. Para nosotros hay una clara y definida frontera entre el yo y el no-yo, coincidente con los límites de nuestro cuerpos, pero otras han generado límites más borrosos o, directamente, no ven tal distinción.

4. Elaboración de algunas conclusiones tentativas

La persona en la cultura occidental es concebida mayoritariamente, y aquí podemos sencillamente explicitar lo que la mayor parte de nosotros y de nosotras mismas podríamos decir que somos de acuerdo con la propia experiencia que tenemos, como singular y con una doble dualidad: la dualidad interno / externo (o si se prefiere, cuerpo / mente) y la dualidad individual / social. Esas dualidades resultan de un entramado de operaciones de subjetivación (religiosas, filosóficas y científicas) que nos han ido constituyendo a lo largo del tiempo tal y como somos y tal y como nos experimentamos. No cabe duda de que en el entramado de operaciones de subjetivación, la Psicología ha jugado un papel preeminente (Rose, 1990, 1998).

La Psicología, no obstante, no es ni monolítica ni homogénea, por lo que a lo largo del tiempo ha ido produciendo a su vez operaciones de re-subjetivación, por así decir, que deconstruyen y transforman las distintas formas de sentirse persona. Así por ejemplo, la Psicología social de orientación crítica (Ibáñez e Íñiguez, 1997) ha puesto énfasis en diluir la dicotomía individual / social de manera preeminente.

Uno de los principales argumentos en esta línea ha sido el que proporciona el lenguaje como principal propiedad de los seres humanos. En efecto, el lenguaje es el proceso por el cual los seres humanos pueden comunicarse los unos con los otros, pueden crear significados que, a la postre, definen los espacios de legitimidad y de posibilidad de la propia experiencia del ser y el existir. El lenguaje es, además, el vehículo con el que se transmiten todos los productos culturales socialmente elaborados.

Aunque solo fuera por eso, el argumento ya vendría a debilitar cualquier sostén a una concepción de la identidad como determinada, sustentada o guiada por un sustrato natural-biológico. Pero es que además, por esas mismas propiedades de los seres humanos, sólo a través del lenguaje podemos entrar en contacto con la experiencia individual y/o social que llamamos identidad con la carga de ser nosotros y nosotras mismas como investigadores/as elementos idénticamente producidos.

Así pues, desde este punto de vista, la *identidad no puede trascender de modo alguno el contexto cultural, histórico y social. Del mismo modo, su análisis queda delimitado y fundamentado por el mismo contexto de producción. El alcance de esta propuesta es claro: no cabe análisis identitario alguno que pueda ignorar o ir más allá de las condiciones de posibilidad y el uso social de toda *identidad. Como dice Pujal (1996) la identidad 'homosexual', por ejemplo, está condicionada por la idea misma de homosexualidad la cual no tiene sentido mas que en una sociedad en la que exista una clara separación entre masculino y femenino y un proyecto basado en la familia nuclear y tiene probablemente como función el mantenimiento de esas dos instituciones, la familia y el género.

Así pues, este itinerario ha pretendido únicamente repasar un listado de conceptualizaciones de la identidad y el self básicamente en la Psicología, la Psicología social y, puntualmente, algunas áreas afines. El mismo parte de la asunción de la inseparabilidad de lo individual y lo social, pero lo que muestra es un conjunto de características y supuestos, que se podrían sintetizar en la constatación de:

- las diferencias entre una inteligibilidad de la *identidad de naturaleza individualista y otra más social
- la importancia del lenguaje y las narraciones e historias de sí mismo, de la cultura y del contexto social en la constitución de la *identidad

Ello hace cambiar el concepto de identidad/self y, en mi opinión, esta nueva concepción está en condiciones de atender algunas cuestiones y dar respuesta a una basta lista de problemas suscitados en y desde las distintas perspectivas, como por ejemplo:

- permite entender los efectos de exclusión que se desprenden de concepciones como las biologicistas
- abre un campo de posibilidades nuevo a las aportaciones socio-cognitivistas como la Teoría de la Identidad Social que, al tomarla como un heurístico, permite analizar las implicaciones del uso de categorías sociales para la construcción de la *identidad y para la formación de los estereotipos y los comportamientos de discriminación, en un sentido más social
- posibilita una nueva teorización sobre las influencias recíprocas de la estructura social y el sistema de roles y estatus en la configuración de la *identidad de las personas
- es coherente con la visión de la *identidad como un producto que surge, estricta y necesariamente, de la interacción simbólica
- entiende la *identidad como emergente, producto de los procesos de interacción local
- ve la *identidad como dependiente del conjunto de relaciones que se ponen en acción en cada contexto social específico, es decir como algo múltiple y cambiante
- considera la *identidad no como algo individual o singular, sino recíproca, es decir, que responde a las informaciones que sobre nosotros mismos nos dan las otras personas
- entiende la *identidad como resultante de un proceso de negociación y de ajuste que va conformando la construcción de la intersubjetividad y el mundo de significados compartidos
- resalta, en definitiva, la dimensión socio-histórica de las *identidades

B. UNA PROPUESTA (CON UN ARGUMENTO METODOLÓGICO Y OTRO PRÁCTICO)

Déjeme ahora el/la lector abordar la cuestión de la *identidad de manera más simple y sintética, abstrayendo la trayectoria dibujada hasta el momento. Y déjeme también mantener, a sabiendas de ser algo inadecuado, la distinción individual /social.

La identidad individual podemos considerarla desde tres puntos de vista:

- a) uno estrictamente lógico, es decir, algo (no tendría por qué referirse necesariamente a la persona) o alguien relacionado consigo mismo
- b) otro en un sentido “biológico” o bio-psicológico como la define, por ejemplo Varela (1983) bajo la concepción de ‘autopoiesis’ (autoproducción): una organización autopoyética no produce nada que no sea distinto de su propia organización, y ella no es otra cosa que resultado de una individualización.

La autopoiesis representa la forma mínima de organización de los sistemas vivos.

- c) en un sentido más clásicamente psicológico: sentimiento subjetivo de identidad personal y de continuidad temporal, acompañado de la percepción del hecho de que los demás reconocen esta unidad personal y esta continuidad temporal.

Estas tres definiciones sintetizan muy bien lo que conceptualmente puede decirse de la identidad y de lo identitario y satisfacen, a mi juicio, los requerimientos establecidos por la subjetividad personal tal y como han sido construidos en y por la cultura occidental. Son igualmente coherentes con planteamientos que aseguran la continuidad de las distintas “naturalezas” de lo humano, es decir, de los componentes que están presentes en los seres vivos “superiores”. El problema radica en que si el itinerario y las conclusiones que he dibujado en el apartado anterior tienen algún poder de convicción, hay aún toda una esfera de “realidades” que caben mal, en concreto aquellas que se relacionan con “lo social” en la identidad.

Y, efectivamente, ‘identidad social’ necesita en algún punto un abordaje en términos de *significados compartidos*, en términos de *pensamiento social*, en términos de *sentido común*, y otros equivalentes.

Para incorporar esta dimensión aquí, propongo aplicar las nociones de intersubjetividad, discurso, ideología, representaciones sociales incluso y quizás otras, aunque yo optaré ahora por dos: la de discurso y la de memoria social.

Por memoria social entiendo, siguiendo a Halbwachs (1950), Middleton y Edwards (1990) y Vázquez (1997) entre otros, una construcción social producto de las interacciones sociales, es decir, una acción social continuada en el tiempo dependiente siempre de un contexto comunicacional. Su ‘lugar’ es el diálogo, las historias, las narraciones, los debates, en definitiva, la conversación.

Por discurso entiendo (Íñiguez y Antaki, 1994) un conjunto de prácticas lingüísticas que mantienen y promueven relaciones sociales.

- (a) De la ‘identidad individual’ a la ‘identidad’, que no puede ser sino ‘social’

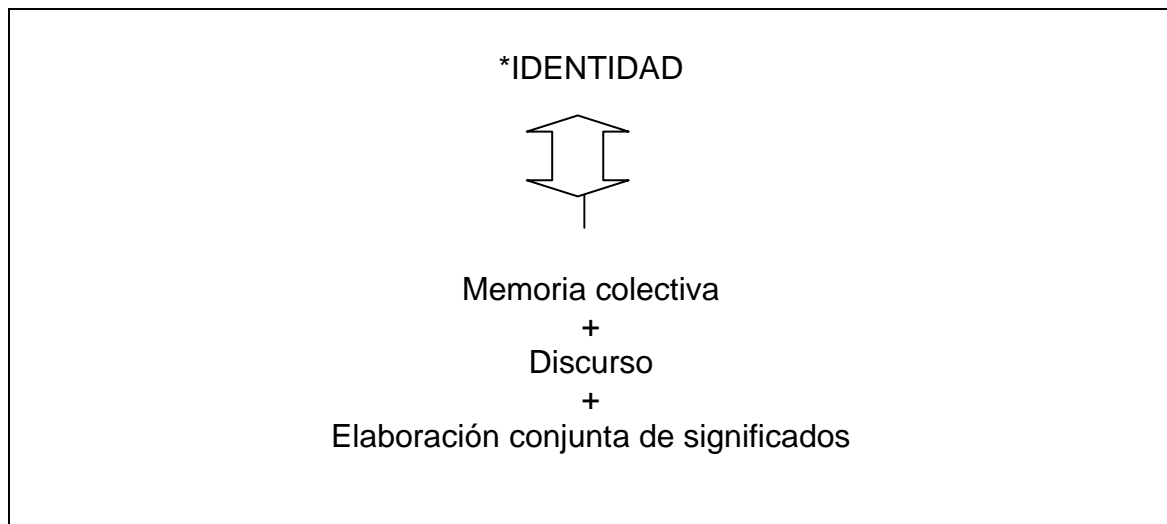
El paso de la ‘identidad individual’ a la ‘*identidad’ vista como proceso social requiere un “tránsito”, entendido al tiempo como conector (un paso) y como proceso (la acción de pasar). Para ello nada mejor que tomar en consideración las reflexiones que conectan lo micro con lo macro, lo local con lo global, es decir, la etnometodología y otras versiones microsociológicas. En efecto, la Etnometodología nos ha enseñado que la acción conjunta realiza en cada momento el sistema de normas y de reglas, no las sigue, sino que las construye. La contribución, pues, de cada pequeña interacción en el mantenimiento y estructuración del sistema social es efectivamente

inconmensurable, pero esencial. Aunque sabemos que no se podrá determinar el quantum con que cada una de esas acciones conjuntas contribuye al conjunto del sistema, sabemos igualmente que sin su realización tal sistema no existiría. Igualmente reconocemos que tales acciones no sean de hecho posibles al margen del sistema social que las origina.

Pues bien, la *identidad puede ser vista como formando parte del mismo proceso: cada “cierre operacional” en el sentido de la autopoiesis, cada identidad individual lo es en tanto que producto colectivo definido en la multiplicidad de acciones conjuntas que establecen la inteligibilidad de ser una persona. En cada acción, se realiza para un sistema social dado, la concepción de identidad pero, al tiempo, la transforma. No sabemos, como ya se ha dicho, en cuanto pero sí que sin su contribución tal experiencia sería imposible. Esas concepciones son discursos, es decir, prácticas que producen relaciones: la posición y el rol, las normas que lo guían, las condiciones que hacen posible su experiencia subjetiva, individual si se quiere, están estructuradas por la comprensión conjunta que el discurso posibilita. No es por ello estático, sino e sentido estricto dinámico, cambiante.

La memoria colectiva así mismo “encierra” la comprensión que para una sociedad dada existe del “sí mismo”. Su continua elaboración y reelaboración en cada interacción asegura simultáneamente el mantenimiento y el cambio de las subjetividades identitarias.

Así pues, la *identidad (social) no puede entenderse al margen de las interacciones entre las personas a lo largo del tiempo en un contexto cultural determinado, pues es fruto directamente de ellas:



En resumen, la *identidad implica una reflexibilidad lógica de un sujeto (individual o colectivo) “que se ve a sí mismo” por así decir, y que se ve a sí mismo a lo largo del tiempo. El obstáculo en su conceptualización ha sido ignorar que es un operador (la identidad) **contingente** en y para una cultura.

En definitiva, **Identidad (social), en realidad, se referiría siempre a cultura, en el sentido de que no puede haber nada fuera de la producción de nuestro propio contexto. Por consiguiente, *identidad social es un concepto contingente con nuestra propia manera de ver las cosas, esto es, una práctica cultural y, por ende, lingüística.*

(b) un argumento metodológico

El argumento metodológico se desprende directamente de lo antedicho. La aprehensión tanto de la experiencia singular de ser una persona como de las concepciones socialmente elaboradas que la producen no puede realizarse sino es a partir del análisis de los discursos. La acción conjunta es en sí misma discursiva como acabo de mostrar y, añadir inteligibilidad al proceso pasa inexcusablemente por una operación de igual naturaleza, es decir una operación significativa que resulta de un proceso interactivo de comunicación.

En el arsenal de dispositivos metodológicos que la Psicología y el resto de Ciencias sociales han elaborado a lo largo del tiempo, El Análisis del Discurso en muchas de sus distintas formas (Íñiguez 1987; Íñiguez y Antaki, 1994) parece reunir los requisitos necesarios para una producción de esa naturaleza. El punto de partida pues, no ha de ser otro que el de un proceso comunicacional significativo que iguala la acción del/a analista al del/a actor socialmente competente.

(c) y por último, un argumento práctico

El análisis de la *identidad debe ser por encima de todo una deconstrucción (Cabruja, 1998). En abstracto esto puede parecer descabellado: por una lado por acción misma de cuestionamiento que toda deconstrucción lleva implícita y por otro por la concurrida apelación a la falta de alternativas. Trataré de mostrar, para concluir, que eso no es así.

En el proceso de constitución de la *identidad, además de la contribución de toda acción conjunta está presente la de las Ciencias humanas y sociales, y muy particularmente, la Psicología. Con frecuencia se confunde el discurso como materia básica en la continua estructuración y reestructuración social con la afirmación ingenua de que “todo lo discursivo” es igual pues al final, todo son palabras. Nada más lejos de las comprensiones discursivas. Todas las posiciones sociales son significantes, es decir, todas son productoras de discurso, pero no todas disponen de los mismos recursos ni gozan de los mismos resortes de poder. Decir que toda acción y consiguientemente todos los/as actores contribuyen a la conformación de los social, no equivale a decir que todos/as contribuyen de igual modo.

En este sentido, como ya se señaló anteriormente, algunos autores como Foucault (1976; 1981), Henriques y otros (1984) o Rose (1989, 1998) han mostrado el papel que ciencias como la Psicología han jugado en la constitución de las subjetividades identitarias contemporáneas. Por ello mismo, una continua problematización de las categorías que se dan por esenciales y estables y un riguroso análisis tanto de sus condiciones de producción como de

sus efectos, tienen como consecuencia la apertura de líneas de fuga, de líneas de transformación tendentes a la constitución de nuevas subjetividades menos sometidas, en definitiva, más libres. Así puede afirmarse que una análisis del discurso en la acepción aquí manejada tiene, sin lugar a dudas, un carácter decididamente emancipatorio. En palabras de Cabruja (1998): “ Es a partir de analizar el discurso sobre cómo deberían ser las subjetividades y las relaciones sociales, en su contexto histórico específico que se puede percibir por qué intereses son promovidas en un momento dado” (p.58).

REFERENCIAS

- Ariès, P. y Duby, G. (1988) *A history of private life: Vol.2. Revelations of the medieval world*. Cambridge, Mass.: Belknap.
- Cabruja, T. (1996) Postmodernidad y subjetividad: construcciones discursivas y relaciones de poder. En A. Gordo y J.L. Linaza (Eds.) *Psicologías, Discursos, Poder*. Madrid: Visor. 373-390.
- Cabruja, T. (1998) Psicología social crítica y posmodernidad. Implicaciones para las identidades construidas bajo la racionalidad moderna *Anthropos*, 177, 49-59
- Codol, J.P. (1984a) *Semblables et différents. Recherches sur la quête de la similitude et de la différenciation*. Lille: Atelier national de reproduction des Theses.
- Codol, J.P. (1984b) La perception de la similitude interpersonelle: influence de l'appartenance catégoriel et du point de référence de la comparaison *Année Psychologique*, 84, 43-56.
- Cooley, C.H. (1902) *Human nature and the Social Order*. New York: Scribner's.
- Elias, N. (1987) *La sociedad de los individuos*. Barcelona: Península. 2000.
- Eysenk, H. (1960) *The structure of human personality*. London: Methuen.
- Foucault, M. (1976) *Vigilar y castigar*. Madrid: Siglo XXI. 1978.
- Foucault, M. (1981) *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Barcelona: Paidós. 1990.
- Geertz, C. (1973) *The interpretation of cultures*. New York: Basic Books.
- Gergen, K. (1991) *El yo saturado*. Barcelona: Paidós. 1992.
- Gergen, K. (1994) *Realidades y relaciones*. Barcelona: Paidós. 1996.
- Halbwachs, M. (1950) *La mémoire collective*. Paris: PUF.
- Harre, R. (1985) The language game of self-ascription: A Note. En K.J. Gergen y K.E. Davis (Eds.) *The social construction of the person*. New York: Springer Verlag.
- Henriques, J. et al (1984) *Changing the subject: Psychology, social regulation and subjectivity*. London: Methuen.
- Goffman, E. (1959) *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu. 1971.
- Goffman, E. (1961) *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Buenos Aires: Amorrortu. 1972.
- Heelas, P y Lock, A. (1981) *Indigenous psychology: the anthropology of the self*. London: Academic Press.
- Ibáñez, T. e Íñiguez, L. (1997) (Eds.) *Critical Social Psychology*. London: Sage.
- Íñiguez, L. (1997) Discourses, structures and analysis: What practices? In which contexts? En T. Ibáñez y L. Íñiguez (Eds.) *Critical Social Psychology*. London: Sage.
- Íñiguez, L. y Antaki, C. (1994) El análisis del discurso en Psicología Social. *Boletín de Psicología*, 44, 57-75.
- Israel, J. y Tajfel, H. (1972) *The context of social psychology: a critical assesment*. London: Academic Press.
- Mead, G.M. (1934) *Espíritu, persona y sociedad*. Barcelona: Paidós. 1982.
- Middleton, D. y Edwards, D. (1990) *Collective remembering*. London: Sage.
- Parker, I. (1997) *Psychoanalytic Culture. Psychoanalytic Discourse in Western Society*. London: sage.

- Pujal,M. (1996) La identitat (el *self*) En M.Botella et al *Psicologia Social*. Barcelona: EDIUOC. 61-109.
- Reicher,S. (1987) Conducta de masa como acción social En J.C.Turner et al. *Op.cit.*235-273.
- Reicher,S. (1993) On the construction of social categories: from collective action to rhetoric and back again En B.González (Comp.) *Psicología Cultural*. Sevilla: EUEDEMA.
- Rose,N. (1990) *Governing the Soul. The shaping of the private self*. London: Routledge.
- Rose,N. (1998) *Inventing our selves. Psychology, Power, and Person*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Sampson,E.E. (1991) *Social worlds. Personal lives*. San Diego: Harcourt Brace Jovanovich Pub.
- Tajfel,H. (1981) *Grupos humanos y categorías sociales*. Barcelona: Herder. 1984.
- Turner,J.C. et al. (1987) *Redescubrir el grupo social*. Madrid: Morata. 1990.
- Varela,F. (1983) L'auto-organisation: de l'apparence au mécanisme En P. Dumouchel y J.P.Dupuy *L'auto-organisation. De la physique au politique*.Paris: Seuil.
- Vázquez,F. (1997) *La memoria como acción social: relaciones, significados e imaginario*. Tesis Doctoral. Barcelona. Universitat Autònoma de Barcelona.
- Wilson,E.O. (1975) *Sociobiology: the new synthesis*.Cambridge,Mass: Harvard University Press.